

MARTA - SIGMUND - MINA

EL TRIANGULO DE FREUD

PABLO BERBEN

UNA tarde de abril de 1882 hubo visita en casa de los Freud. Cuando llegó el joven Sigmund —veintiséis años, doctor en Medicina desde el año anterior— se encontró con esa desagradable circunstancia. Sigmund Freud era, entonces, poco sociable. Huraño, tímido, se escondía de las visitas. Pero aquel día, ante la sorpresa de su familia, se hizo visible. En el salón estaban las hermanas Bernays, Marta y Mina. Marta tenía veintidós años, Mina tenía dieciséis. Marta era una criatura pálida, pequeña, tranquila. Dicen sus contemporáneos que no era una belleza, pero que, misteriosamente, tenía el poder de atraer a los hombres. Sigmund Freud sintió inmediatamente esa atracción. Freud no parecía —ni lo pareció nunca, después, en su larga vida— capaz de pequeños sentimientos o de aventuras leves. Era un romántico tardío, un apasionado. Tras este primer encuentro se encerró en sí mismo, meditó y decidió que se había enamorado. Sigmund Freud comenzó a enviar cada mañana una rosa roja a Marta y, con cada rosa, Herr Doktor Freud mandaba una frase, a veces en latín, a veces en castellano. Una noche de mayo, al volver a su casa, Marta comentó con su hermana Mina la asiduidad del joven Sigmund, y preguntó: «¿Qué piensas tú, Mina, de todo esto?». Mina respondió: «El doctor es muy amable al tomarse tanto interés por nosotras».

Por nosotras... Ernest Jones, el autor de la más próxima y más extensa biografía de Freud (1), cuenta a vuelapluma esta conversación de las dos hermanas. La pequeña Mina era, por entonces, prometida de Ignaz Schöberg. Un amigo de Freud. Un conturbio del café Kurtzweil, un compañero de lo que llamaron el Bund (liga, unión: lo

(1) Existe una versión castellana reducida de la «Vida y obra de Freud»; así y todo ocupa tres volúmenes triples de las ediciones de bolsillo de Anagrama (Barcelona, 1970).

que entre nosotros se llama peña, tertulia) a la que también pertenecía Eli Bernays, hermano de Marta y de Mina, por quien Freud sentiría un considerable odio durante toda su vida. Un asunto de dobles celos: Eli era el hermano predilecto de Marta, y el enamorado de la hermana mayor de Freud, Ana, con la que se casaría. Ignaz Schöberg, sombrío y triste prometido de Mina, tenía los días contados: estaba tuberculoso. Murió antes de casarse, y Mina se fue a vivir con Marta y Sigmund Freud: no se casó jamás, no se la conoció ninguna relación amorosa y no se separó de Freud hasta la muerte.

¿Qué sucedió entre Mina y Sigmund Freud? Sabemos que hubo chismes y rumores en Viena. Viena era por entonces una ciudad no muy grande, y la burguesía judía a la que pertenecían todos los personajes de esta historia era un pequeño grupo muy interrelacionado. Las maledicciones eran continuas. Sabemos que algo se hablaba por algunas referencias que da Jones: «... decir que ella reemplazaba de algún modo a su hermana era puro disparate...». «Siempre estuvo (Mina) en excelentes términos con Freud. No había atracción sexual de ninguna de las dos partes, pero él encontraba en ella una compañía estimulante y divertida, y alguna que otra vez realizó con ella cortas excursiones, en días de descanso, cuando Marta no se encontraba en condiciones de viajar con él. Todo esto dio lugar a la leyenda maliciosa y absolutamente falsa de que Mina había desplazado a su hermana en el cariño de Freud».

Pero, ahora, esta leyenda vuelve... ¿Fue Mina la amante de Freud? ¿Formaban un triángulo sentimental las dos hermanas y Herr Doktor? El tema es bastante más importante de lo que parece. Sobrepasa la categoría de leyenda vienesa, de maledicencia de la burguesía. Por una parte, afecta a la entraña misma del psico-

análisis en la persona psíquica de su fundador —aparentemente, un monógamo, un puritano, un liberado de las taras del inconsciente—; por otra, pudo causar una de las grandes escisiones de la doctrina, como fue la separación de Jung y la fundación de una escuela heterodoxa. Fue el propio Jung quien dio testimonio del triángulo, según explica ahora quien se lo escuchó decir, el doctor Billinsky —profesor de psicología y estudios clínicos en la Andover Newton Technological School— en un artículo publicado en la «Andover Newton Quarterly».

Billinsky habló con Jung en 1957 y le preguntó si podía añadir algo a las razones conocidas de su separación de Freud, y Jung explicó entonces que, aunque la separación se atribuía comúnmente a la publicación de la «Psicología del inconsciente», en 1912, las verdaderas razones eran otras: la vida adulterina de Freud con su cuñada... Jung aseguró que lo sabía desde 1907, por boca de la propia Mina. «Era muy desgraciada —contó Jung a Billinsky— por estas relaciones, que la creaban un complejo de culpabilidad. Me dijo que Freud estaba enamorado de ella, y que sus relaciones eran muy íntimas. Para mí, este descubrimiento supuso un choque emocional, y aún ahora puedo recordar la angustia que sentí en aquel momento».

Dos años después, Freud y Jung viajaron a Estados Unidos. Sin duda Jung se refiere al viaje de conferencias a la Clark University, a la que acudieron Freud, Ferenczi y Jung. Durante el viaje, Freud contó algunos de sus sueños a Jung. «Freud —decía Jung— tenía sueños que le disgustaban notablemente. Los sueños se referían al triángulo: Freud, su esposa y su joven cuñada. Freud no sabía que yo estaba enterado del triángulo y de sus relaciones íntimas con la hermana de su mujer. Y así, cuando Freud me relató un sueño en el cual su esposa y su hermana representa-

ban papeles importantes, le pedí que me dijera algunas de sus asociaciones de ideas con el sueño. Me miró con acritud y me dijo: «Podría contarle a usted más, pero pondría en riesgo mi autoridad». Con ello puso fin a mis intentos de esclarecer sus sueños. Durante el viaje, Freud desarrolló una considerable neurosis y tuve que hacerle algún análisis limitado. Sugerí que debía hacerse un psicoanálisis completo, pero se rebeló contra tal idea, porque hubiera tenido que enfrentarse con problemas que hubieran podido enfrentarse con sus teorías. Si Freud hubiese intentado hacer consciente el tema del triángulo, hubiese sido mucho mejor. Fue el conocimiento de este triángulo el que se convirtió en un factor muy importante de mi ruptura con Freud. Desde entonces ya no pude aceptar que la autoridad de Freud se situase por encima de todo. Esto, además, produjo posteriores problemas en nuestras relaciones. Mirándolo retrospectivamente, todo parece haber estado predestinado para que nuestra relación terminase de aquella manera».

El viaje, realmente, había comenzado mal. Freud lo había emprendido con desgana. En una carta a Oskar Pfister, escribía: «Me siento incapaz de todo trabajo. Este año me ha marcado con mayor fuerza que los precedentes. No tengo la menor gana de prepararme para América. Puede que el contacto con Jung y Ferenczi (este último es uno de los mejores) pueda producirme algunas ideas. Por suerte, ya no soy tan necesario, y tengo derecho a reducirme hasta convertirme en un simple ornamento: puede que sea un designio de la Providencia...» (2). Se puede ahí en-

(2) El «Epistolario», de Freud, recopilado por su hijo Ernst, está publicado en España por la Biblioteca Nueva (Madrid, 1963); existe una selección en dos tomos, publicada por Plaza & Janés, de Barcelona, y una brevísima «Carta a la novia», en los Cuadernos Marginales de Tusquets Editor, Barcelona.



Sigmund Freud y Marta Bernays en septiembre de 1885. Sigmund había conocido a Marta una tarde de abril de 1882, cuando ella tenía veintitún años. Con Marta estaba su hermana Mina, dieciséis años... ¿Fue Mina la amante de Freud? ¿Formaron un triángulo sentimental las dos hermanas y el fundador del psicoanálisis?

contrar ya la neurosis de la que habla Jung. Los tres psicoanalistas se encontraron en Bremen para embarcar. Freud invitó a almorzar a los otros dos y se produjo ya un incidente con Jung. Jung era un fanático del antialcoholismo, y Freud y Ferenzi le impulsaron a beber vino. Apenas lo había conseguido Freud cuando se encontró mal. Marthe Robert, que cuenta este incidente (3), añade que era un síntoma: tres años más tarde, cuando Freud tuvo un incidente más grave con Jung, volvió a encontrarse enfermo: soportaba mal situarse por encima de Jung.

(3) Marthe Robert, «La révolution psychanalytique, la vie et l'œuvre de Freud», Payot, París, 1964, dos volúmenes.

Ya en el barco sucedió el episodio de los sueños. Jones lo cuenta muy someramente. A bordo del «George Washington», dice Jones, los tres maestros del psicoanálisis decidieron relatarse mutuamente sus sueños, y en la historia del psicoanálisis este suceso se considera como el primer ensayo del análisis de grupo. «Jung me dijo más tarde —dice Jones— que los sueños de Freud parecían referirse principalmente a preocupaciones por el futuro de su familia y de su obra». Si Jung dijo algo más a Jones, Jones se lo calló.

Freud fue extrañamente misterioso en su vida privada. Freud tenía lo que uno de sus discípulos llamó «**furor biographicus**»: necesitaba obtener no sólo todos los datos, sino los más íntimos

pensamientos de todo el mundo. Es, en suma, la base de su psicoanálisis. No reconoce límites en la extorsión de sus pacientes para sacarles «todo aquello que en cuanto persona socialmente independiente tiene que ocultar y, además, aquello que, en cuanto persona unitaria, no quiere confesarse a sí misma» (Freud). Era su caso. «Con uñas y dientes defendía Freud los accesos a sus misterios... también contra la penetración del intruso Freud», escribe Ludwig Marcuse (4). ¿Por qué? Algunos de sus analistas póstumos han creído encontrar en él una homosexualidad latente. Por ejemplo, en el «caso Fliess», su íntimo amigo, un médico que fue el principal defensor en su tiempo de la teoría de la bisexualidad humana: entre Freud y Fliess se cruzaron algunos centenares de cartas, pero Freud destruyó las que había recibido de Fliess y persiguió la colección de cartas que él había escrito a Fliess: la viuda de éste, que odiaba a Freud —claramente sentía celos de la amistad de su marido por Freud—, las vendió a condición de que nunca fueran a parar a manos de Freud, que las hubiera destruido. Finalmente llegaron a manos de la familia de Freud y se publicaron en 1944, pero incompletas: una gran parte se desconoce aún. El gran secreto de su vida podía ser el del «triángulo», como Jung se obstina en llamarle, con su clásica malignidad...

A Freud se le ha descrito siempre como esencialmente monógamo. Tuvo un breve amor inicial a los dieciséis años por Gisela Fluss —catorce años—, y luego, el apasionado episodio con la que sería su esposa, Marta. Cuatro años de noviazgo, en los cuales escribió novecientas cartas, de un mínimo de cuatro folios. Cartas apasionadas. Muchas menciones, en ellas, a Mina, con la que tenía correspondencia directa. Regalos a Marta, pero regalos también a Mina. Sabemos de un regalo, un libro de George Elliot. Pero también dinero. «En cuanto al dinero, mujercita mía, es mejor que lo guardes tú. Para Mina es parte de la suma anterior. Habrá de pasar largo tiempo antes de que recibáis más», escribía en una carta de 1885 (5). La correspondencia de Freud con Marta es, simplemente, emocionante en tanto que exaltación de los sentimientos amorosos...

Pero ¿qué pasó con ese amor?

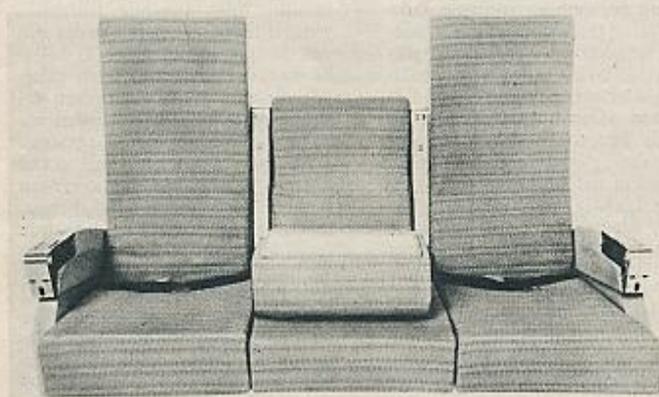
(4) Ludwig Marcuse, «Freud», Alianza Editorial, Madrid, 1969.

(5) Wilhelm Reich, «Reich habla de Freud», Anagrama, Barcelona, 1970.

Ese amor se acabó... «Su matrimonio era muy desgraciado», decía Wilhelm Reich, otro discípulo heterodoxo. «No creo que su vida fuera feliz. Llevaba una vida familiar muy sosegada, tranquila y decente, pero existen pocas dudas de que sexualmente se hallaba muy insatisfecho. Eran pruebas de ello, a un tiempo, su resignación y su cáncer. Freud tuvo que renunciar como persona. Tuvo que renunciar a sus goces íntimos personales cuando era un hombre de mediana edad. Ignoro lo que pasó antes. En tanto que tenía una gran comprensión para los problemas de la juventud y por los motivos íntimos de la gente, en lo que a él respecta tuvo que sacrificarse. «Freud estaba muy a favor de la nueva legislación rusa (después de la Revolución), aunque se mostraba un tanto vacilante respecto a las facilidades dadas para el divorcio y por sus efectos sobre la familia. Para mí estaba completamente claro que aquí se sentía maniatado, y deseaba zafarse de su propio matrimonio. Pero no podía. Estaba atado de pies y manos a su posición, su judaísmo y muchas cosas más. En una ocasión en que se discutía el problema relativo a la familia, dijo 'Estamos metidos en un avispero'» (6). Jones coincide en señalar esta autorrepresión de Freud por la sexualidad. Recuerda una carta de Freud a su esposa en la que dice que jamás ha prestado atención a las mujeres. «Probablemente —escribe Jones— fueron más bien escasos y distanciados incluso los contactos físicos». En una carta dirigida al Dr. Putnam sobre el tema de conceder mayor libertad en esa esfera a la juventud, agregaba: «Si bien yo me he concedido muy poco en cuanto a esa libertad». Esto no debe sorprendernos si tenemos en cuenta sus preocupaciones por el trabajo y sus considerables sublimaciones, resultantes a su vez de su extensa represión». Cabe suponer que, tras las cartas apasionadas a Marta, se escondía ya un designio muy lejano al de la pasión sexual. «Sé que no eres hermosa —escribía en tiempos de su noviazgo— en el sentido que daría a esta palabra un pintor o un escultor. Por mi parte, yo he sido siempre más bien insensible a la belleza formal. Pero si algún resto de vanidad aún queda en tu cabecita, no te ocultaré que algunas personas ase-

(6) Didier Anzieu, «L'auto-analyse. Son rôle dans la découverte de la psychanalyse par Freud. Sa fonction en psychanalyse», Presses Universitaires de France, París.

TWA: NUEVO SERVICIO AMBASSADOR PARA AMERICA



Asiento - pareja en clase económica



Selección de tres a cinco comidas



Nuevos uniformes para las azafatas



Selección de dos películas



Equipaje en contenedores

**NUEVA YORK
DENVER
SAN FRANCISCO
LOS ANGELES
LAS VEGAS**

Salidas diarias a las 12,00 y 13,00 h.



*IATA nos exige hacer un cobro nominal por nuestros entretenimientos a bordo. Y por las bebidas alcohólicas, en clase económica.

EL TRIANGULO DE FREUD

guran que eres hermosa, y aún notablemente hermosa. Yo no tengo opinión sobre el particular». «No olvides que la belleza sólo dura unos años, y que tenemos que pasar juntos una larga vida».

«Conviene decir algo acerca de la vida matrimonial de Freud. La esposa de Freud era sin duda alguna la única mujer en su vida amorosa y la que se hallaba en primer término para él entre todos los mortales», escribe Jones, con su continua preocupación por señalar la monogamia de Freud. «Si bien, al parecer, el aspecto más apasionado de la vida matrimonial, en el caso de Freud, declinó bastante antes de lo que ocurre en otros casos —en realidad ello surge de diversas expresiones—, su lugar fue ocupado por una inmovible devoción y una perfecta comprensión y armonía».

Pero ¿cómo era Mina? Era una mujer intelectual y era, también, una mujer apasionada. En la época en que se simultaneaba el noviazgo de Sigmund con Marta y de Ignaz Schömberg con Mina, Freud escribió una curiosa observación: que de los cuatro, había dos que eran personas «cabalmente buenas», Marta y Schömberg, mientras que los otros dos, Mina y él mismo, eran dos salvajes apasionados y no tan buenos... Mina podía ser esa «salvaje apasionada» a los dieciséis años; pero cuando murió su prometido se fue a vivir con los Freud y no conoció otro hombre. Su afán por la cultura era grande, mientras Marta prefería las tareas del hogar. Se decía de ella que cuando hacía la limpieza de la casa, tenía el plumero en una mano y un libro en la otra. «Tante Mina era ocurrenciosa, interesante y entretenida, pero tenía una lengua mordaz, fuente de no pocos epigramas familiares». «Sin duda conocía la obra de Freud mejor que su hermana, y cierta vez él señaló que en los años de soledad que precedieron al comienzo del nuevo siglo eran Fliess y ella las únicas personas en el mundo que simpatizaban con ella. Su lengua era cáustica y de ella procedían muchos de los epigramas que la familia conserva cuidadosamente» (Jones).

Mina llegó a ocupar el primer lugar en una corte femenina que se formó en torno a Freud. Didier Anzieu señala un hecho curioso:

después que Freud hiciera su autoanálisis en 1897 (en realidad, no lo concluyó nunca; cada día de su vida dedicaba media hora al autoanálisis) se apartó poco a poco de las amistades masculinas y comenzó a frecuentar las femeninas (7). Gérard Lauzun hace la lista: Mina Barnays, Emma Eckstein, Loe Kann, Lou Andréas Salomé, Joan Rivière, María Bonaparte. Una corte de mujeres intelectuales.

Apenas se sabe más. La «dulce e inteligente» (Freud) Mina pasó su juventud, su vida, desde la muerte de Schömberg en 1886, el mismo año del matrimonio de Freud con Marta, hasta la muerte de Freud en Londres en 1939: Mina le sobrevivió dos años junto a Sigmund Freud, consagrada a él.

* * *

Jung conoció a Freud en 1907 y, según Billinsky, el mismo año Mina le confió el secreto de su amor y de su intimidad; sufrió un choque emocional, no se repuso nunca y se separó de Freud. La separación, y por lo tanto la vía heterodoxa abierta al psicoanálisis, se realizó en octubre de 1913. Jung debió vivir, por tanto, con esa rara angustia durante seis años. A Freud ya le habían salido antes otros dos heterodoxos, Adler, en 1911; Stekel, en 1912. Luego se le irían Ferenczi, Reich. La historia del psicoanálisis es también la de sus reformistas y heterodoxos. Pero cuesta trabajo admitir que la escisión de Jung no tuviese más que ese sentido, ese motivo. Muchas eran las cuestiones que separaban a los dos hombres. Freud era un científico, Jung era un místico, un religioso: «El hombre que no está anclado en lo divino —escribía— no está en estado de resistir, sólo por la virtud de su opinión personal, a la potencia física y moral que emana del mundo exterior». (Jung. «Presente y porvenir».) Jung, suizo alemán, ario, aceptó que los nazis utilizaran sus teorías; Freud, judío austriaco, fue toda su vida un perseguido por causa de su raza y, al final de ella, tuvo que elegir el exilio para escapar del nazismo. Jung fue anticomunista fanático, Freud nunca fue anti nada, nunca fue fanático de nada. ■ P. B.

(7) Gérard Lauzun, «Sigmund Freud et la psychanalyse», Editions Seghers, París, 1962.

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



Y TU ¿CÓMO VES ESO DE QUE VIVAN JUNTAS DOS PERSONAS SIN CASARSE?..



NO ME DIRAS QUE ERES DE LAS DE VICARIA...



LO IDEAL ES QUE TENGAMOS UN PISO CADA UNO Y ASÍ CONSERVAMOS LA INDEPENDENCIA...



TU QUE TIENES TIEMPO LIBRE ¿POR QUÉ NO TE DEDICAS A BUSCAR DOS PISITOS?..